

## Todos los fuegos

> Andrea Estrada

Qué cosa tan extraña esto del fuego, porque cuando la llama está más quieta, el proceso de combustión es más rápido y cuando chisporrotea, en realidad, es más lento. Pero esto no lo digo yo sino Heráclito, el filósofo griego que vivió en Efeso en el siglo V a. C. y para quien el fuego era el principio de todas las cosas, una metáfora del cambio incesante que domina el universo.

Sin embargo, esta idea positiva de cambio o devenir que Heráclito le adjudicaba al fuego también está presente en otros usos, no tan positivos, que la historia fue incorporando, como por ejemplo, la hoguera de la Inquisición, en la cual el acto de quemar a los herejes tenía por finalidad purificar, es decir, producir un cambio que borrara todo vestigio de impureza. Y, por supuesto, era un acto ejemplificador y público.

Algunos de los delitos inquisitoriales eran la blasfemia, la bigamia, las supersticiones, las brujerías, el satanismo, la adivinación y los pecados

nefandos como la homosexualidad. La ceremonia duraba todo el día, y a los destinados a la pena de muerte, se los hacía desfilar con ropas infamantes llamadas sambenitos, palabra que proviene de la deformación de "saco bendito". Con gran pompa y ostentación, finalmente el verdugo los quemaba en la hoguera en presencia de todo el pueblo.

Y entonces se me ocurre pensar que la ceremonia de muerte de Wanda Taddei, cuyo destino parece haber comenzado a reproducirse macabramente en otras muchas mujeres quemadas por sus parejas, debe haber durado mucho más que un día entero, más bien meses o años. Y que dicha ceremonia debe haberse iniciado en el preciso momento en que todas ellas quedaron atrapadas en la perversidad de sus verdugos que, para cambiar vaya a saber qué cosa, no dudaron en erigir la misma horrorosa y perversa hoguera medieval, pero puertas adentro. ▼

> La autora es doctora en Lingüística